

CAPITULO I

LA DOCTRINA CORRIENTE SOBRE LOS SALARIOS — SU INSUFICIENCIA.

¹ Reduciendo a su más compacta forma el problema que nos hemos propuesto investigar, examinemos, paso a paso, la explicación que la Economía política, según la aceptan hoy las mayores autoridades, da de él.

² La causa que produce la pobreza en medio del crecimiento de la riqueza es evidentemente la causa que se manifiesta en la tendencia, en todas partes comprobada, de los salarios hacia un mínimo. Planteemos, por consiguiente, nuestra indagación en esta concreta forma:

¿Por qué, a pesar del aumento del poder productivo, los salarios tienden hacia un mínimo que sólo permite un mísero vivir?

³ La respuesta de la Economía política corriente es que los salarios son fijados por la proporción entre el número de trabajadores y la suma de capital consagrada a emplear el trabajo, y tiende constantemente hacia el mínimo con que los trabajadores consienten vivir y reproducirse, porque el aumento del número de trabajadores tiende naturalmente a seguir y a superar cualquier aumento del capital. No siendo, pues, refrenado el aumento del divisor sino por las posibilidades del cociente, el dividendo puede aumentar hasta el infinito sin dar un resultado mayor.

⁴ En el pensamiento corriente se tiene por indiscutible esta doctrina. Logra el asenso de los prestigios más altos entre los

cultivadores de la Economía política, y aunque ha sufrido algunos ataques, han sido éstos, por lo común, más formales que reales (1). Es adoptada por Buckle como la base de sus generalizaciones sobre historia universal. Es enseñada en todas o casi todas las universidades inglesas y americanas, afirmada en los libros de texto dedicados a enseñar a las masas a discurrir correctamente sobre asuntos prácticos, al mismo tiempo que parece concordar con la nueva filosofía, que, después de conquistar en pocos años casi todo el mundo científico, penetra ahora rápidamente en el pensamiento colectivo.

5 Atrincherada así en las regiones superiores del pensamiento, se halla aún más firmemente arraigada, en forma más cruda, en las que podemos llamar inferiores. Lo que da a los errores del proteccionismo tan tenaz asiento, a pesar de sus evidentes incongruencias y absurdos, es la idea de que la suma a distribuir en salarios es en cada sociedad una determinada, y que la competencia del "trabajo extranjero" tiene que subdividirla aún más. La misma idea yace en el fondo de la mayor parte de las doctrinas que aspiran a la abolición del interés y a la restricción de la competencia, como medios por los cuales se puede aumentar la parte proporcional del trabajador en la riqueza general; y se extiende en todos sentidos entre aquellos que no son bastante reflexivos para tener ideas propias, como puede verse en las

(1) Esto me parece verdad respecto de las objeciones de Mr. Thornton, porque al par que niega la existencia de un predeterminado fondo de salarios, consistente en una porción del capital apartada para comprar trabajo, sostiene, sin embargo (y esto es lo esencial), que los salarios son pagados por el capital y que el aumento o disminución del capital es aumento o disminución del fondo utilizable para pagar salarios. El más vigoroso ataque contra la doctrina del fondo de salarios, que yo conozco, es el del profesor FRANCIS A. WALKER (*El problema de los salarios*, Nueva York, 1876), el cual, no obstante, admite que los salarios son adelantados en gran parte por el capital —que, en la amplitud que le da, es todo lo que el más decidido defensor de la teoría del fondo de salarios puede pedir—, al par que acepta plenamente la teoría maltusiana. Así, su conclusión práctica no difiere en nada de la alcanzada por los expositores de la teoría corriente.

columnas de los periódicos y en los debates de los Parlamentos.

6 Y, sin embargo, por muy universalmente aceptada y hondamente arraigada que esté, me parece que no concuerda con hechos notorios. Porque si los salarios dependen de la proporción entre la suma de trabajo que busca empleo y la suma de capital consagrado a emplearlo, la escasez o abundancia relativas de un factor tiene que implicar la correlativa abundancia o escasez del otro. Así, el capital tiene que ser relativamente abundante donde los salarios son altos, y relativamente escaso donde los salarios son bajos. Ahora bien, como el capital empleado en pagar salarios está constituido en gran parte por el capital que constantemente busca inversión, el tipo corriente del interés tiene que ser la medida de su relativa abundancia o escasez. Así, si es verdad que los salarios dependen de la proporción entre la suma de trabajo que busca empleo y la del capital consagrado a emplearlo, los altos salarios (señal de relativa escasez de trabajo) habrán de coincidir con el bajo interés (señal de la relativa abundancia de capital), y viceversa, los bajos salarios coincidirán con el alto interés.

7 No ocurre esto, sino lo contrario. Eliminando del interés el elemento del seguro, y mirando sólo al interés propiamente llamado así, o sea a la retribución por el uso del capital, ¿no es una general verdad que el interés es alto donde y cuando los salarios son altos, y bajo donde y cuando los salarios son bajos? A la vez han sido más altos los salarios y el interés en Estados Unidos que en Inglaterra, en los Estados del Pacífico que en los del Atlántico. ¿No es un hecho notorio que donde el trabajo acude en busca de salarios más altos, acude también el capital en busca de interés más alto? ¿No es verdad que donde ha habido un aumento o disminución de los salarios allí ha habido, al mismo tiempo, un aumento o disminución análogos del interés? En California, por ejemplo, cuando los salarios eran más altos que en ninguna otra parte del mundo, también era más alto el interés. Salarios e interés han decrecido a la vez en California.

Cuando los salarios usuales eran de cinco dólares diarios, el tipo corriente del interés bancario era de 24 por 100 anual. Ahora que los salarios corrientes son de 2 a 2,50 dólares diarios, el tipo del interés bancario usual es de 10 ó 12 por 100.

8 Ahora bien, este hecho frecuente, general, de que los salarios sean más altos en los países nuevos, donde el capital es relativamente escaso, que en los países viejos, donde el capital es relativamente abundante, es demasiado ostensible para ser ignorado. Y aunque tratándolo muy superficialmente, es consignado por los expositores de Economía política corriente. La manera de mencionarlo prueba lo que digo; a saber: que es enteramente incompatible con la aceptada teoría de los salarios. Porque al explicarlo autores como Mill, Fawcett y Price, virtualmente abandonan la teoría de los salarios, en la cual, en los mismos tratados, insisten formalmente. Aunque declaran que los salarios son fijados por la relación entre el capital y los trabajadores, explican la mayor elevación de los salarios y del interés en los países nuevos por la mayor producción relativa de riquezas. Demostraré después que este hecho no es exacto, sino que, por lo contrario, la producción de riqueza es relativamente mayor en los países viejos y densamente poblados que en los países nuevos y escasamente poblados. Pero ahora sólo deseo señalar la contradicción. Porque decir que los más altos salarios de los países nuevos son debidos a la mayor producción proporcional es visiblemente hacer de la relación con la producción, y no de la relación con el capital, la determinante de los salarios.

9 Aunque esta contradicción no parece haber sido advertida por la clase de escritores a que aludo, lo ha sido por uno de los más lógicos expositores de la Economía política corriente. El profesor Cairnes (1) trata de reconciliar los hechos con la teoría de un modo muy ingenioso, suponiendo que, en los países nuevos,

(1) *Algunos principios fundamentales de Economía Política nuevamente expuestos*, cap. I, parte 2.^a

donde la actividad se consagra generalmente a la producción de alimentos y de lo que en manufactura se llama materia prima, se dedica al pago de salarios una parte proporcionalmente mayor del capital empleado en la producción, que en los países viejos, donde una parte mayor tiene que ser empleada en maquinaria y materia prima; y así, en los países nuevos, aunque el capital es más escaso (y el interés más alto), la suma destinada al pago de salarios es realmente mayor y los salarios también más altos. Por ejemplo: de 100.000 dólares consagrados en un país viejo a las manufacturas, 80.000 dólares serían gastados probablemente en edificios, maquinaria y compra de materiales, dejando sólo 20.000 dólares para pagar salarios, mientras que en un país nuevo, de 30.000 dólares consagrados a la agricultura, etc., sólo 5.000 serían requeridos por los instrumentos, dejando 25.000 dólares para ser distribuidos en salarios. De esta manera se explica que el fondo de salarios pueda ser comparativamente grande donde el capital es comparativamente escaso, y que altos salarios y alto interés coincidan.

10

En lo que sigue creo que podré demostrar que esta explicación está fundada sobre un total desconocimiento de las relaciones del trabajo con el capital, error fundamental en cuanto al fondo de donde se sacan los salarios; pero ahora sólo es necesario indicar que la conexión entre las fluctuaciones de los salarios y el interés en un mismo país y en una misma rama de la actividad no puede ser explicada así. En esas alternativas conocidas por "buenos tiempos" y "malos tiempos", una viva demanda de trabajo y buenos salarios van siempre acompañados por una demanda viva de capital y firmes tipos de interés. Mientras que, cuando los trabajadores no encuentran empleo y los salarios decaen, siempre hay una acumulación de capital que busca inversión a tipos bajos (1). La actual depresión no ha sido menos

(1) Los períodos de pánico comercial se caracterizan por altos tipos de descuento, pero esto no es evidentemente un alto tipo de interés, propiamente dicho, sino un alto tipo de prima de seguro contra riesgo.

caracterizada por la falta de empleo y la penuria de las clases trabajadoras que por la acumulación de capital inactivo en todos los grandes centros, y por tipos de interés nominales sobre garantías indiscutibles. Así, bajo condiciones que no admiten ninguna explicación compatible con la teoría corriente, encontramos alto interés coincidiendo con altos salarios y bajo interés con bajos salarios; esto es, capital aparentemente escaso cuando el trabajo es escaso, y abundante cuando el trabajo es abundante.

11 Todos estos hechos bien conocidos, que coinciden entre sí, indican una relación entre los salarios y el interés, pero es una relación de conjunción, no de oposición. Evidentemente, son en absoluto incompatibles con la teoría de que los salarios están determinados por la relación entre el trabajo y el capital, o parte alguna del capital.

12 ¿Cómo, pues, se preguntará, pudo surgir tal teoría? ¿Cómo es que ha sido aceptada por una serie de economistas desde los tiempos de Adam Smith hasta el día presente?

13 Si examinamos el razonamiento por el cual en los tratados usuales se justifica esa teoría de los salarios, veremos en seguida que no es una inducción de hechos observados, sino una deducción de una teoría previamente aceptada; a saber: que los salarios salen del capital. Si se da por supuesto que el capital es la fuente de los salarios, siguiere necesariamente que la suma total de los salarios tiene que ser limitada por la suma de capital consagrada al empleo del trabajo, y de aquí que la suma que los trabajadores pueden recibir individualmente tiene que ser determinada por la relación entre su número y la cuantía del capital existente para remunerarles (1). El razonamiento es lógico, pero

(1) Por ejemplo, MACCULLOCH (nota VI a *Riqueza de las naciones*) dice: «Aquella porción del capital o riqueza de un país que los patronos se proponen o desean emplear en la compra de trabajo, puede ser mayor en un tiempo que en otro. Pero sea cual fuere su magnitud absoluta, constituye notoriamente la única fuente de que puede provenir cualquiera porción de los salarios. Ningún otro fondo existe del que el trabajador, en cuanto tal, pueda sacar ni un solo chelín. Y de aquí se sigue que el tipo medio de los

la conclusión, como hemos visto, no concuerda con los hechos. La falta, por tanto, tiene que estar en las premisas. Veámoslo:

14 Sé que el teorema de que los salarios salen del capital es uno de los más fundamentales y aparentemente mejor establecidos de la Economía política actual, y que ha sido aceptado como axiomático por todos los grandes pensadores que han consagrado sus facultades a la dilucidación de la ciencia. Sin embargo, creo que puede demostrarse que es un error fundamental, el padre fecundo de una larga serie de errores que vician las más importantes conclusiones prácticas. Y voy a intentar esa demostración. Es necesario que sea clara y concluyente, porque una doctrina sobre la cual están fundados tantos razonamientos importantes, que es defendida por tan altas autoridades, que es tan verosímil en sí misma, y tan apta para reaparecer en diferentes formas, no puede ser completamente eliminada en un párrafo.

15 La proposición que trato de demostrar es:

"Que los salarios, en vez de salir del capital, salen en realidad del producto del trabajo por el cual se pagan" (1).

16 Ahora bien, como la doctrina corriente de que los salarios salen del capital sostiene también que el capital es reembolsado por la producción, a primera vista esto puede parecer una distinción sin diferencia, un mero cambio de terminología, cuya discusión no puede conducir a otra cosa que a aumentar las inútiles disputas que hacen tan estéril y sin valor cuanto se ha escrito sobre asuntos económico-políticos, como la controversia de las varias sociedades cultas sobre la verdadera lectura de la inscrip-

salarios, o la parte alícuota del capital nacional destinado al empleo del trabajo correspondiente, por término medio, a cada trabajador, tiene que depender enteramente de la suma de aquél en relación con el número de aquellos entre los cuales ha de ser dividido.» Citas análogas pueden hacerse de todos los economistas autorizados.

(1) Hablamos del trabajo empleado en la producción, el cual es preferible, por razones de sencillez, circunscribir la indagación. Cualquiera duda que pueda surgir en el pensamiento del lector respecto de los salarios de los servicios improductivos, es mejor dejarla para más tarde.

ción de la piedra que Mr. Pickwick encontró. Pero se verá que es mucho más que una discusión de forma, cuando se considere que sobre la diferencia entre las dos proposiciones, se levantan todas las teorías corrientes acerca de la relación entre el capital y el trabajo; que de ella se deducen doctrinas que, consideradas como axiomáticas, atan, dirigen y gobiernan los más elevados espíritus, al discutir las más apremiantes cuestiones. Porque sobre el supuesto de que los salarios salen directamente del capital y no del producto del trabajo, se funda no sólo la doctrina de que los salarios dependen de la proporción entre el capital y el trabajo, sino la doctrina de que la actividad productora está limitada por el capital; que se ha de acumular el capital antes de que el trabajo sea empleado, y que no se puede emplear el trabajo sino a medida que el capital se acumula; la doctrina de que cada aumento del capital da o puede dar empleo adicional a la actividad productora; la doctrina de que la conversión del capital circulante en capital fijo disminuye el fondo aplicable al sostenimiento del trabajo; la doctrina de que se puede emplear más trabajadores con salarios bajos que altos; la doctrina de que el capital aplicado a la agricultura mantendría más trabajadores que aplicado a las manufacturas; la doctrina de que los beneficios son altos o bajos según los salarios son bajos o altos, o de que aquéllos dependen del costo de la subsistencia de los trabajadores; junto a paradojas tales como que una demanda de mercancías no es una demanda de trabajo, o de que el coste de ciertas mercancías puede aumentar con una reducción de los salarios o disminuir con un aumento de éstos.

17

En una palabra: todas las enseñanzas de la economía política usual, en las más amplias y más importantes porciones de su dominio, están fundadas más o menos directamente sobre el supuesto de que el trabajo es mantenido y pagado a expensas del capital existente, antes de que se obtenga el producto que constituye su último objetivo. Si se demuestra que esto es un error y que, por el contrario, el mantenimiento y pago del trabajo no merma

el capital, ni siquiera temporalmente, sino que sale directamente del producto del trabajo, todo este vasto edificio queda sin cimiento y tiene que derrumbarse. Y del mismo modo tienen que hundirse las vulgares teorías que se basan también en la creencia de que siendo la suma que ha de distribuirse en salarios una determinada, la participación individual en aquélla tiene que disminuir necesariamente por el aumento en el número de los trabajadores.

18 La diferencia entre la teoría corriente y la que yo anticipo es, de hecho, análoga a la existente entre la teoría mercantilista del comercio internacional y aquella con que Adam Smith la reemplazó. Entre la teoría de que el comercio es el cambio de mercancías por dinero, y la teoría de que es el cambio de mercancías por mercancías, puede parecer que no hay diferencia efectiva cuando se recuerda que los adeptos a la teoría mercantil no suponen que el dinero tenga otro uso que el poderse cambiar por mercancías. Sin embargo, en la aplicación práctica de esas dos teorías surgen todas las diferencias entre el rígido proteccionismo y el librecambio.

19 Si he persuadido al lector de la importancia final del razonamiento a través del cual le ruego que me siga, no necesitaré disculparme por adelantado ni por la sencillez ni por la prolijidad. Al atacar una doctrina de tal importancia, sostenida por tan altas autoridades, es necesario ser a la vez claro y completo.

20 Si no fuera por eso, me inclinaría a rechazar con una afirmación el supuesto de que los salarios se sacan del capital. Porque todo el vasto edificio que la Economía política corriente levanta sobre esta doctrina, está en verdad basado sobre cimientos admitidos gratuitamente, sin el más leve intento de distinguir lo aparente de lo real. Debido a que los salarios son pagados generalmente en dinero, y en muchas de las operaciones de la producción son pagados antes de que el producto esté completo o pueda ser utilizado, se ha inferido que los salarios salen del capital preexistente y que, por tanto, la actividad productora está limitada por

el capital, lo cual equivale a decir que el trabajo no puede ser empleado hasta que el capital haya sido acumulado, y que sólo puede ser empleado en la medida en que el capital haya sido acumulado.

²¹ Sin embargo, en los mismos tratados en que se establece sin reservas, haciéndolo base de los más importantes razonamientos y de las más minuciosas teorías, que la actividad productora está limitada por el capital, se dice que el capital es trabajo almacenado o acumulado: "aquella parte de la riqueza que es ahorrada para auxiliar la producción futura". Si sustituimos la palabra "capital" por esta definición del vocablo, la proposición lleva en sí misma su refutación, porque decir que el trabajo no puede ser empleado hasta que los resultados del trabajo sean ahorrados, resulta demasiado absurdo para discutirlo.

²² No obstante, si intentáramos acabar el razonamiento con esta *reductio ad absurdum*, tropezaríamos indudablemente con la alegación no de que la Providencia proveyó a los primeros trabajadores del capital necesario para ponerse a trabajar, sino de que la proposición se refiere únicamente a un estado social en que la producción ha llegado a ser una operación compleja.

²³ Pero la verdad fundamental que en todo razonamiento económico hay que asir firmemente sin dejarla escapar nunca, es que la sociedad, en su forma más altamente desarrollada, no es más que una elaboración de la sociedad en sus más rudos comienzos, y que los principios obvios en las más sencillas relaciones de los hombres sólo están encubiertos, pero no derogados ni revertidos por las relaciones más intrincadas que resultan de la división del trabajo y del uso de complejos instrumentos y métodos. El molino de vapor, con su complicada maquinaria, donde se manifiesta tanta diversidad de movimientos, es sencillamente lo que fue en su día el rudo mortero de piedra desenterrado de un antiguo cauce de un río: un instrumento para moler grano. Y todos los hombres dedicados a esto, ya estén echando leña al horno, dirigiendo la maquinaria, reparando las muelas, rotulando los sacos

o llevando los libros, están consagrando efectivamente su trabajo al mismo fin a que lo consagraba el salvaje prehistórico cuando utilizaba su mortero: a preparar el grano para alimento del hombre.

²⁴ Y así, si reducimos a sus más sencillos términos todas las complejas operaciones de la producción moderna, vemos que cada uno de los individuos que toman parte en esa actual red de producción y cambio, infinitamente subdividida e intrincada, está realmente haciendo lo que hacía el hombre primitivo cuando trepaba al árbol para coger el fruto o seguía la marea descendente en busca de mariscos: tratando de obtener de la Naturaleza, por el ejercicio de sus facultades, la satisfacción de sus deseos. Si conservamos esto en el pensamiento con firmeza; si consideramos la producción como un conjunto, como la cooperación de todos los individuos comprendidos en cualquiera de sus grandes sectores para satisfacer los varios deseos de cada uno de aquéllos, veremos claramente que la recompensa que cada cual obtiene de sus esfuerzos viene tan real y directamente de la Naturaleza como resultado de ese esfuerzo, como venía la del primer hombre.

²⁵ Un ejemplo: en el más sencillo estado que podemos concebir, cada hombre se procura su propio cebo y pesca su propio pescado. Las ventajas de la división del trabajo aparecen pronto, y uno extrae cebo mientras otros pescan. Sin embargo, evidentemente, el que extrae el cebo está en realidad haciendo para coger pescado tanto como cualquiera de los que efectivamente cogen el pescado. De igual modo, cuando se descubren las ventajas de las canoas, y, en vez de ir todos a pescar, uno se queda en tierra, y construye y repara canoas, este constructor está en realidad consagrando su trabajo a la captura de peces, tanto como los que efectivamente pescan, y el pescado que él se come por la noche, cuando los pescadores regresan, es tan de veras el producto de su trabajo como el de aquéllos. Y así, cuando se establece francamente la división del trabajo y, en vez de tratar

cada uno de satisfacer sus necesidades recurriendo directamente a la Naturaleza, uno pesca, otro caza, un tercero coge bayas, un cuarto alcanza fruta, un quinto fabrica instrumentos, un sexto construye chozas y un séptimo prepara ropas, cada uno, en la medida en que cambia el producto directo de su propio trabajo por el producto directo del trabajo de los demás, está aplicando realmente su propio trabajo a la producción de las cosas que usa; está, en efecto, satisfaciendo sus deseos individuales por el ejercicio de sus facultades individuales, es decir, lo que él recibe, lo produce en realidad. Si arranca patatas y las cambia por caza, es, en efecto, él quien se proporciona la caza tan de veras como si hubiera ido a cazar y hubiera dejado al cazador arrancar sus propias patatas. La expresión vulgar "hago esto y aquello" para significar "gano esto y aquello" o "gano dinero con el que compro esto y aquello", es, económicamente hablando, verdad, no metafórica, sino literal. Ganar es hacer.

26 Ahora bien, si seguimos estos principios, bastante notorios en un estado social más sencillo, a través de las complejidades del estado que llamamos civilizado, veremos claramente que, en todos los casos en que el trabajo se cambia por mercancías, la producción precede realmente al disfrute, que los salarios son las ganancias, es decir, los productos del trabajo, no los anticipos del capital, y que el trabajador que recibe sus salarios en dinero (acuñado o impreso, acaso, antes de que su trabajo comience), recibe realmente, a cambio de la adición que su trabajo ha hecho a la general suma de riqueza, un cheque contra ese general depósito que él puede utilizar en aquella particular forma de riqueza que mejor satisfaga sus deseos; y que ni el dinero, que no es sino el cheque, ni la particular forma de riqueza que él pida a cambio de aquél, representan anticipos del capital, para su sustento, sino que, por el contrario, representan la riqueza, o una parte de la riqueza, que su trabajo había añadido ya al acervo general.

27 Teniendo a la vista estos principios, veremos que el delineante que, encerrado en una sordida oficina a orillas del Támesis, dibu-

ja el plano de una gran máquina marina, está, en realidad, consagrando su trabajo a la producción de pan y carne tan verdaderamente como el que está cultivando el grano en California o arrojando el lazo sobre las Pampas del Plata; que está fabricando sus propios vestidos tan exactamente como si estuviera esquilando carneros en Australia o tejiendo paño en Paisley, y que tan efectivamente está produciendo el vino que bebe en su comida como si estuviera recogiendo los racimos en las márgenes del Garona. El minero que, a dos mil pies bajo el suelo, en el corazón de Comstock, está arrancando el mineral de plata, está, en efecto, por virtud de un millar de cambios, segando mieses en valles cinco mil pies más próximos al centro de la tierra; cazando la ballena a través de los hielos árticos; arrancando hojas de tabaco en Virginia; recogiendo granos de café en Honduras; cortando caña de azúcar en las islas Hawai; cosechando algodón en Georgia o hilándolo en Manchester o Lowell; haciendo lindos juguetes de madera para sus hijos en los montes Hartz, o cogiendo entre los verdes y áureos vergeles de Los Angeles las naranjas que, cuando se le releva su turno, lleva a su hogar para su mujer enferma. Los salarios que el sábado por la noche recibe en la boca de la mina, ¿qué son sino el certificado para todo el mundo de que él ha hecho estas cosas, cambio primario en la larga serie de cambios que transmutan su trabajo en las cosas por las cuales ha estado trabajando?

28 Todo esto es claro cuando lo miramos a esta luz; pero para batir este error en todas sus trincheras y reductos, tenemos que convertir nuestra investigación desde la forma deductiva a la inductiva. Veamos ahora si, principiando por los hechos y estableciendo sus relaciones, llegamos a conclusiones idénticas que sean tan patentes como cuando, comenzando por los primeros principios, buscamos su comprobación en hechos complejos.